

## AMOR.

Cuestión realmente difícil saber qué es el amor. Primero, porque es un sentimiento, y, por tanto, indefinible, y, en segundo lugar, porque es un término que se refiere a muchas cosas: amor sexual, a Dios, a los padres, hermanos, incluso a la patria. La amistad también vimos que era una clase de amor.

El filósofo griego **Empédocles** concebía la existencia de dos fuerzas que



### EL BANQUETE DE PLATÓN

Las obras de Platón consisten en maravillosos diálogos entre un grupo de amigos. En el Diálogo *El banquete o del amor*, deciden los comensales hacer todos un discurso sobre el amor. Este sería el resumen:

**FEDRO.**- El amor nos mejora, porque queremos impresionar al amante: un ejército de enamorados sería invencible.

**ERIXÍMACO (médico).**- El amor es armonía. Es el objeto de la medicina (armonía del cuerpo) y de la música (armonía de los sonidos).

**ARISTÓFANES.**- Al principio había tres géneros: hombre, mujer y andrógino (mezcla de los dos). Los andróginos desafiaron a los dioses y como castigo fueron separados. Desde entonces, cada uno busca a su otra mitad.

**AGATÓN (poeta).**- El amor es el más joven de los dioses, por eso se asienta sobre todo entre los jóvenes. El amor es poeta, pues convierte en un poeta hasta al más necio. También domina las demás artes, pues cualquiera sobresale en ellas si las ama.

**SÓCRATES.**- El amor es búsqueda de la belleza. Los hombres, poseídos por el amor, ascienden desde la belleza de los cuerpos a la de las almas, después a la de las ciencias, para acabar finalmente en una Belleza que no es terrestre, absoluta, inmutable y eterna.

governaban el mundo: el amor, que une las cosas, y el odio, que las separa. En **Platón**, el amor es deseo de belleza; a la idea de unión de Empédocles añadía la de belleza. Sin embargo, el amor no es deseo, sino sentimiento; va unido al deseo, porque no puede haber amor sin deseo, pero sí puede haber deseo sin amor (p. ej. deseamos un vaso de agua cuando tenemos sed, pero esto no quiere decir que amemos el agua).

Nadie mejor que **San Pablo** explicó esta forma de amor, la **caridad**:

“Si yo hablase lenguas humanas y angélicas y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres y si entregase a mi cuerpo para ser quemado y no tengo amor, de nada me sirve.

El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de lo injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Las profecías se acabarán, cesarán las lenguas y la ciencia se acabará, pero el amor nunca dejará de ser. Porque en parte lo conocemos y en parte lo profetizamos; mas cuando venga el amor perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Y de los tres que ahora permanecerán, la fe, la esperanza y el amor, el mayor de ellos es el amor.” (Primera carta de San Pablo a los Corintios, 13.)

En el **cristianismo** el amor al prójimo se llama *caridad*, la cual ocupa un lugar esencial en la doctrina. Como se dice en el Evangelio de San Juan: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado (...) En esto conocerán todos que sois mis discípulos.”

En nuestro mundo secularizado la caridad cristiana ha pasado a llamarse **solidaridad**.

Sigmund **Freud** redujo toda forma de amor al sexo. Todas las formas de amor serían una sublimación del sexo. La sublimación es uno de los cauces por los cuales se abre paso la energía sexual, reprimida como está en el mundo en el que vivimos.

El tema de la relación entre el **amor** y el **sexo** es bastante controvertido. Parece que las mujeres son más incapaces de separar uno de otro que los hombres. No es que los hombres piensen sólo en el sexo, como se suele decir. Cómo no les va a importar el amor? Lo que ocurre, quizás, es que no necesitan estar tan enamorados como las mujeres para estar dispuestos para el sexo. Todo esto, naturalmente, hablando en general, porque en este campo hay de todo.

El **enamoramiento** es más una emoción que un sentimiento. Las emociones son más intensas y cortas que los sentimientos. Por eso, una relación suele ser más intensa al principio; es decir, que el enamoramiento suele durar poco y es sustituido por un sentimiento más suave. El enamoramiento supone una concentración muy grande en el objeto amado, hasta el punto que ha sido comparado con el éxtasis místico. En ambos casos estamos fuera de sí, como en otro mundo. Así, los místicos suelen utilizar un lenguaje amoroso para expresar sus experiencias (p. ej. San Juan de la Cruz) y los amantes un vocabulario religioso. Cuando en el enamoramiento no hay sexo, se habla de *amor platónico*.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Escribir, por ejemplo: "La noche está estrellada,  
y tililan, azules, los astros, a lo lejos".

El viento de la noche gira en el cielo y canta.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.

En las noches como ésta la tuve entre mis brazos.  
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.

Ella me quiso, a veces yo también la quería.  
Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.

Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.  
Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.

Qué importa que mi amor no pudiera guardarla.  
La noche está estrellada y ella no está conmigo.

Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.  
Mi alma no se contenta con haberla perdido.

Como para acercarla mi mirada la busca.  
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.

La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.  
Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.

Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.  
Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.

De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.  
Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.

Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.  
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.

Porque en noches como ésta la tuve entre mis brazos,  
mi alma no se contenta con haberla perdido.

Aunque éste sea el último dolor que ella me causa,  
y éstos sean los últimos versos que yo le escribo.

Pablo Neruda, de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

El amor (sobre todo el enamoramiento) agranda y embellece el objeto amado. Según algunos, todas esas perfecciones que se descubren no son nada más que un invento del amante, que se disipan cuando desaparece el amor. En esto hay algo de cierto, pero hay que tener en cuenta también, que el amor y el enamoramiento hacen aflorar ante el amante facetas que ante otras personas no aparecen. Porque en el amor ocurre como en la amistad (la cual, como ya vimos es una clase de amor), que te **mejora**.

Por eso, hay una cosa que es muy importante en el enamoramiento, que es precisamente lo que lo sostiene: el **descubrimiento**. Pero para poder descubrir cosas nuevas, antes debería haber ignorancia, desconocimiento. Este aspecto del enamoramiento está muy bien ilustrado en el mito clásico de Amor y Alma. Alma era feliz con su esposo Amor, pasando con él la noche; pero la dejaba con las primeras luces del día, por lo que resultaba para ella un desconocido. Hasta que en una ocasión le acercó una lámpara para verle la cara: entonces le perdió.

DOCUMENTOS .

# CANTAR DE LOS CANTARES

## DE SALOMÓN

### La esposa y las hijas de Jerusalén

#### 1

<sup>1</sup> Cantar de los cantares, el cual es de Salomón.

<sup>2</sup> ¡Oh, si él me besara con besos de su boca!  
Porque mejores son tus amores que el vino.

<sup>3</sup> A más del olor de tus suaves ungüentos,  
Tu nombre es como ungüento derramado;  
Por eso las doncellas te aman.

<sup>4</sup> Atráeme; en pos de ti correremos.  
El rey me ha metido en sus cámaras;  
Nos gozaremos y alegraremos en ti;  
Nos acordaremos de tus amores más que del vino;  
Con razón te aman.

<sup>5</sup> Morena soy, oh hijas de Jerusalén, pero codiciable  
Como las tiendas de Cedar,  
Como las cortinas de Salomón.

<sup>6</sup> No reparéis en que soy morena,  
Porque el sol me miró.  
Los hijos de mi madre se airaron contra mí;  
Me pusieron a guardar las viñas;  
Y mi viña, que era mía, no guardé.

<sup>7</sup> Hazme saber, oh tú a quien ama mi alma,  
Dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía;  
Pues ¿por qué había de estar yo como errante  
Junto a los rebaños de tus compañeros?

<sup>8</sup> Si tú no lo sabes, oh hermosa entre las mujeres,  
Ve, sigue las huellas del rebaño,  
Y apacienta tus cabritas junto a las cabañas de los pastores.

## La esposa y el esposo

<sup>9</sup> A yegua de los carros de Faraón  
Te he comparado, amiga mía.  
<sup>10</sup> Hermosas son tus mejillas entre los pendientes,  
Tu cuello entre los collares.  
<sup>11</sup> Zarcillos de oro te haremos,  
Tachonados de plata.  
<sup>12</sup> Mientras el rey estaba en su reclinatorio,  
Mi nardo dio su olor.  
<sup>13</sup> Mi amado es para mí un manojito de mirra,  
Que reposa entre mis pechos.  
<sup>14</sup> Racimo de flores de alheña en las viñas de En-gadi  
Es para mí mi amado.  
<sup>15</sup> He aquí que tú eres hermosa, amiga mía;  
He aquí eres bella; tus ojos son como palomas.  
<sup>16</sup> He aquí que tú eres hermoso, amado mío, y dulce;  
Nuestro lecho es de flores.  
<sup>17</sup> Las vigas de nuestra casa son de cedro,  
Y de ciprés los artesonados.

## 2

<sup>1</sup> Yo soy la rosa de Sarón,  
Y el lirio de los valles.  
<sup>2</sup> Como el lirio entre los espinos,  
Así es mi amiga entre las doncellas.  
<sup>3</sup> Como el manzano entre los árboles silvestres,  
Así es mi amado entre los jóvenes;  
Bajo la sombra del deseado me senté,  
Y su fruto fue dulce a mi paladar.  
<sup>4</sup> Me llevó a la casa del banquete,  
Y su bandera sobre mí fue amor.  
<sup>5</sup> Sustentadme con pasas, confortadme con manzanas;  
Porque estoy enferma de amor.  
<sup>6</sup> Su izquierda esté debajo de mi cabeza,  
Y su derecha me abrace.  
<sup>7</sup> Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén,  
Por los corzos y por las ciervas del campo,  
Que no despertéis ni hagáis velar al amor,  
Hasta que quiera.  
<sup>8</sup> ¡La voz de mi amado! He aquí él viene  
Saltando sobre los montes,  
Brincando sobre los collados.  
<sup>9</sup> Mi amado es semejante al corzo,  
O al cervatillo.  
Helo aquí, está tras nuestra pared,

Mirando por las ventanas,  
Atisbando por las celosías.

<sup>10</sup> Mi amado habló, y me dijo:

Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven.

<sup>11</sup> Porque he aquí ha pasado el invierno,

Se ha mudado, la lluvia se fue;

<sup>12</sup> Se han mostrado las flores en la tierra,

El tiempo de la canción ha venido,

Y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola.

<sup>13</sup> La higuera ha echado sus higos,

Y las vides en ciernes dieron olor;

Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven.

<sup>14</sup> Paloma mía, que estás en los agujeros de la peña, en lo escondido de escarpados parajes,

Muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz;

Porque dulce es la voz tuya, y hermoso tu aspecto.

<sup>15</sup> Cazadnos las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas;

Porque nuestras viñas están en ciernes.

<sup>16</sup> Mi amado es mío, y yo suya;

El apacienta entre lirios.

<sup>17</sup> Hasta que apunte el día, y huyan las sombras,

Vuélvete, amado mío; sé semejante al corzo, o como el cervatillo

Sobre los montes de Beter.

### El ensueño de la esposa

#### 3

<sup>1</sup> Por las noches busqué en mi lecho al que ama mi alma;  
Lo busqué, y no lo hallé.

<sup>2</sup> Y dije: Me levantaré ahora, y rodearé por la ciudad;

Por las calles y por las plazas

Buscaré al que ama mi alma;

Lo busqué, y no lo hallé.

<sup>3</sup> Me hallaron los guardas que rondan la ciudad,

Y les dije: ¿Habéis visto al que ama mi alma?

<sup>4</sup> Apenas hube pasado de ellos un poco,

Hallé luego al que ama mi alma;

Lo así, y no lo dejé,

Hasta que lo metí en casa de mi madre,

Y en la cámara de la que me dio a luz.

<sup>5</sup> Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén,

Por los corzos y por las ciervas del campo,

Que no despertéis ni hagáis velar al amor,

Hasta que quiera.

### El cortejo de bodas

<sup>6</sup> ¿Quién es ésta que sube del desierto como columna de humo,  
 Sahumada de mirra y de incienso  
 Y de todo polvo aromático?  
<sup>7</sup> He aquí es la litera de Salomón;  
 Sesenta valientes la rodean,  
 De los fuertes de Israel.  
<sup>8</sup> Todos ellos tienen espadas, diestros en la guerra;  
 Cada uno su espada sobre su muslo,  
 Por los temores de la noche.  
<sup>9</sup> El rey Salomón se hizo una carroza  
 De madera del Líbano.  
<sup>10</sup> Hizo sus columnas de plata,  
 Su respaldo de oro,  
 Su asiento de grana,  
 Su interior recamado de amor  
 Por las doncellas de Jerusalén.  
<sup>11</sup> Salid, oh doncellas de Sion, y ved al rey Salomón  
 Con la corona con que le coronó su madre en el día de su desposorio,  
 Y el día del gozo de su corazón.

### El esposo alaba a la esposa

#### 4

<sup>1</sup> He aquí que tú eres hermosa, amiga mía; he aquí que tú eres hermosa;  
 Tus ojos entre tus guedejas como de paloma;  
 Tus cabellos como manada de cabras  
 Que se recuestan en las laderas de Galaad.  
<sup>2</sup> Tus dientes como manadas de ovejas trasquiladas,  
 Que suben del lavadero,  
 Todas con crías gemelas,  
 Y ninguna entre ellas estéril.  
<sup>3</sup> Tus labios como hilo de grana,  
 Y tu habla hermosa;  
 Tus mejillas, como cachos de granada detrás de tu velo.  
<sup>4</sup> Tu cuello, como la torre de David, edificada para armería;  
 Mil escudos están colgados en ella,  
 Todos escudos de valientes.  
<sup>5</sup> Tus dos pechos, como gemelos de gacela,  
 Que se apacientan entre lirios.  
<sup>6</sup> Hasta que apunte el día y huyan las sombras,  
 Me iré al monte de la mirra,  
 Y al collado del incienso.  
<sup>7</sup> Toda tú eres hermosa, amiga mía,  
 Y en ti no hay mancha.  
<sup>8</sup> Ven conmigo desde el Líbano, oh esposa mía;  
 Ven conmigo desde el Líbano.  
 Mira desde la cumbre de Amana,

Desde la cumbre de Senir y de Hermón,  
 Desde las guaridas de los leones,  
 Desde los montes de los leopardos.  
<sup>9</sup> Prendiste mi corazón, hermana, esposa mía;  
 Has apresado mi corazón con uno de tus ojos,  
 Con una gargantilla de tu cuello.  
<sup>10</sup> ¡Cuán hermosos son tus amores, hermana, esposa mía!  
 ¡Cuánto mejores que el vino tus amores,  
 Y el olor de tus unguentos que todas las especias aromáticas!  
<sup>11</sup> Como panal de miel destilan tus labios, oh esposa;  
 Miel y leche hay debajo de tu lengua;  
 Y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano.  
<sup>12</sup> Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía;  
 Fuente cerrada, fuente sellada.  
<sup>13</sup> Tus renuevos son paraíso de granados, con frutos suaves,  
 De flores de alheña y nardos;  
<sup>14</sup> Nardo y azafrán, caña aromática y canela,  
 Con todos los árboles de incienso;  
 Mirra y áloes, con todas las principales especias aromáticas.  
<sup>15</sup> Fuente de huertos,  
 Pozo de aguas vivas,  
 Que corren del Líbano.  
<sup>16</sup> Levántate, Aquilón, y ven, Austro;  
 Soplad en mi huerto, despréndanse sus aromas.  
 Venga mi amado a su huerto,  
 Y coma de su dulce fruta.

## 5

<sup>1</sup> Yo vine a mi huerto, oh hermana, esposa mía;  
 He recogido mi mirra y mis aromas;  
 He comido mi panal y mi miel,  
 Mi vino y mi leche he bebido.  
 Comed, amigos; bebed en abundancia, oh amados.

### El tormento de la separación

<sup>2</sup> Yo dormía, pero mi corazón velaba.  
 Es la voz de mi amado que llama:  
 Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, perfecta mía,  
 Porque mi cabeza está llena de rocío,  
 Mis cabellos de las gotas de la noche.  
<sup>3</sup> Me he desnudado de mi ropa; ¿cómo me he de vestir?  
 He lavado mis pies; ¿cómo los he de ensuciar?  
<sup>4</sup> Mi amado metió su mano por la ventanilla,  
 Y mi corazón se conmovió dentro de mí.  
<sup>5</sup> Yo me levanté para abrir a mi amado,  
 Y mis manos gotearon mirra,



Y mis dedos mirra, que corría  
 Sobre la manecilla del cerrojo.  
<sup>6</sup> Abrí yo a mi amado;  
 Pero mi amado se había ido, había ya pasado;  
 Y tras su hablar salió mi alma.  
 Lo busqué, y no lo hallé;  
 Lo llamé, y no me respondió.  
<sup>7</sup> Me hallaron los guardas que rondan la ciudad;  
 Me golpearon, me hirieron;  
 Me quitaron mi manto de encima los guardas de los muros.  
<sup>8</sup> Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén, si halláis a mi amado,  
 Que le hagáis saber que estoy enferma de amor.

### La esposa alaba al esposo

<sup>9</sup> ¿Qué es tu amado más que otro amado,  
 Oh la más hermosa de todas las mujeres?  
 ¿Qué es tu amado más que otro amado,  
 Que así nos conjuras?  
<sup>10</sup> Mi amado es blanco y rubio,  
 Señalado entre diez mil.  
<sup>11</sup> Su cabeza como oro finísimo;  
 Sus cabellos crespos, negros como el cuervo.  
<sup>12</sup> Sus ojos, como palomas junto a los arroyos de las aguas,  
 Que se lavan con leche, y a la perfección colocados.  
<sup>13</sup> Sus mejillas, como una era de especias aromáticas, como fragantes flores;  
 Sus labios, como lirios que destilan mirra fragante.  
<sup>14</sup> Sus manos, como anillos de oro engastados de jacintos;  
 Su cuerpo, como claro marfil cubierto de zafiros.  
<sup>15</sup> Sus piernas, como columnas de mármol fundadas sobre basas de oro fino;  
 Su aspecto como el Líbano, escogido como los cedros.  
<sup>16</sup> Su paladar, dulcísimo, y todo él codiciable.  
 Tal es mi amado, tal es mi amigo,  
 Oh doncellas de Jerusalén.

### Mutuo encanto del esposo y de la esposa

## 6

<sup>1</sup> ¿A dónde se ha ido tu amado, oh la más hermosa de todas las mujeres?  
 ¿A dónde se apartó tu amado,  
 Y lo buscaremos contigo?  
<sup>2</sup> Mi amado descendió a su huerto, a las eras de las especias,  
 Para apacentar en los huertos, y para recoger los lirios.  
<sup>3</sup> Yo soy de mi amado, y mi amado es mío;  
 El apacienta entre los lirios.  
<sup>4</sup> Hermosa eres tú, oh amiga mía, como Tirsa;  
 De desear, como Jerusalén;

Imponente como ejércitos en orden.

<sup>5</sup> Aparta tus ojos de delante de mí,  
Porque ellos me vencieron.

Tu cabello es como manada de cabras  
Que se recuestan en las laderas de Galaad.

<sup>6</sup> Tus dientes, como manadas de ovejas que suben del lavadero,  
Todas con crías gemelas,  
Y estéril no hay entre ellas.

<sup>7</sup> Como cachos de granada son tus mejillas  
Detrás de tu velo.

<sup>8</sup> Sesenta son las reinas, y ochenta las concubinas,  
Y las doncellas sin número;

<sup>9</sup> Mas una es la paloma mía, la perfecta mía;  
Es la única de su madre,  
La escogida de la que la dio a luz.  
La vieron las doncellas, y la llamaron bienaventurada;  
Las reinas y las concubinas, y la alabaron.

<sup>10</sup> ¿Quién es ésta que se muestra como el alba,  
Hermosa como la luna,  
Esclarecida como el sol,  
Imponente como ejércitos en orden?

<sup>11</sup> Al huerto de los nogales descendí  
A ver los frutos del valle,  
Y para ver si brotaban las vides,  
Si florecían los granados.

<sup>12</sup> Antes que lo supiera, mi alma me puso  
Entre los carros de Aminadab.

<sup>13</sup> Vuélvete, vuélvete, oh sulamita;  
Vuélvete, vuélvete, y te miraremos.  
¿Qué veréis en la sulamita?  
Algo como la reunión de dos campamentos.

## 7

<sup>1</sup> ¡Cuán hermosos son tus pies en las sandalias,  
Oh hija de príncipe!  
Los contornos de tus muslos son como joyas,  
Obra de mano de excelente maestro.

<sup>2</sup> Tu ombligo como una taza redonda  
Que no le falta bebida.  
Tu vientre como montón de trigo  
Cercado de lirios.

<sup>3</sup> Tus dos pechos, como gemelos de gacela.

<sup>4</sup> Tu cuello, como torre de marfil;  
Tus ojos, como los estanques de Hesbón junto a la puerta de Bat-rabim;  
Tu nariz, como la torre del Líbano,  
Que mira hacia Damasco.

<sup>5</sup> Tu cabeza encima de ti, como el Carmelo;

Y el cabello de tu cabeza, como la púrpura del rey  
Suspendida en los corredores.

<sup>6</sup> ¡Qué hermosa eres, y cuán suave,  
Oh amor deleitoso!

<sup>7</sup> Tu estatura es semejante a la palmera,  
Y tus pechos a los racimos.

<sup>8</sup> Yo dije: Subiré a la palmera,  
Asiré sus ramas.

Deja que tus pechos sean como racimos de vid,  
Y el olor de tu boca como de manzanas,

<sup>9</sup> Y tu paladar como el buen vino,  
Que se entra a mi amado suavemente,  
Y hace hablar los labios de los viejos.

<sup>10</sup> Yo soy de mi amado,  
Y conmigo tiene su contentamiento.

<sup>11</sup> Ven, oh amado mío, salgamos al campo,  
Moremos en las aldeas.

<sup>12</sup> Levantémonos de mañana a las viñas;  
Veamos si brotan las vides, si están en cierne,  
Si han florecido los granados;  
Allí te daré mis amores.

<sup>13</sup> Las mandrágoras han dado olor,  
Y a nuestras puertas hay toda suerte de dulces frutas,  
Nuevas y añejas, que para ti, oh amado mío, he guardado  
guardado.

## 8

<sup>1</sup> ¡Oh, si tú fueras como un hermano mío  
Que mamó los pechos de mi madre!  
Entonces, hallándote fuera, te besaría,  
Y no me menospreciarían.

<sup>2</sup> Yo te llevaría, te metería en casa de mi madre;  
Tú me enseñarías,  
Y yo te haría beber vino  
Adobado del mosto de mis granadas.

<sup>3</sup> Su izquierda esté debajo de mi cabeza,  
Y su derecha me abrace.

<sup>4</sup> Os conjuro, oh doncellas de Jerusalén,  
Que no despertéis ni hagáis velar al amor,  
Hasta que quiera.

## El poder del amor

<sup>5</sup> ¿Quién es ésta que sube del desierto,  
Recostada sobre su amado?  
Debajo de un manzano te desperté;  
Allí tuvo tu madre dolores,

Allí tuvo dolores la que te dio a luz.

<sup>6</sup> Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo;  
Porque fuerte es como la muerte el amor;  
Duros como el Seol los celos;  
Sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama.

<sup>7</sup> Las muchas aguas no podrán apagar el amor,  
Ni lo ahogarán los ríos.  
Si diese el hombre todos los bienes de su casa por este amor,  
De cierto lo menospreciarían.

<sup>8</sup> Tenemos una pequeña hermana,  
Que no tiene pechos;  
¿Qué haremos a nuestra hermana  
Cuando de ella se hablare?

<sup>9</sup> Si ella es muro,  
Edificaremos sobre él un palacio de plata;  
Si fuere puerta,  
La guarneceremos con tablas de cedro.

<sup>10</sup> Yo soy muro, y mis pechos como torres,  
Desde que fui en sus ojos como la que halla paz.

<sup>11</sup> Salomón tuvo una viña en Baal-hamón,  
La cual entregó a guardas,  
Cada uno de los cuales debía traer mil monedas de plata por su fruto.

<sup>12</sup> Mi viña, que es mía, está delante de mí;  
Las mil serán tuyas, oh Salomón,  
Y doscientas para los que guardan su fruto.

<sup>13</sup> Oh, tú que habitas en los huertos,  
Los compañeros escuchan tu voz;  
Házmela oír.

<sup>14</sup> Apresúrate, amado mío,  
Y sé semejante al corzo, o al cervatillo,  
Sobre las montañas de los aromas.

---

## La flecha mágica

---



Todos los habitantes de aquel país decían que las hijas del rey eran muy hermosas.

La mayor parecía un rayo de Luna.

La segunda parecía un rayo de Sol.

Pero la tercera era mucho más linda que el Sol y la Luna juntos.

Mucho más buena que el agua fresca.

Mucho más cariñosa que un cervatillo. Y era, además, inteligente y graciosa.

Por eso la gente la adoraba.

Acudían de lejos para verla. Iban con ramas de mirto y coronas de laurel para regalárselas. Y le decían:

—Psique, te queremos porque eres hermosa, pero más todavía porque eres tan buena.



Psique, que en griego quiere decir alma y también mariposa, sonreía y aceptaba complacida los obsequios que le hacían. Tenía palomas, corderos y faisanes, que le llevaban los pobres, y perfumes y joyas que le regalaban los ricos.

A los pobres los recompensaba con monedas de oro y a los ricos les agradecía con sus mejores sonrisas.

Tanto querían todos a Psique, que decidieron poner su estatua en los altares de Venus, la diosa de la belleza.

La diosa Venus tenía su templo principal en la colina más alta de la ciudad.

Ejercía mucha influencia sobre todos, por eso cuando supo que en lugar de su estatua habían puesto allí la de Psique, se puso furiosa.

Empezó a gritar y a romper cosas. Todos los dioses se callaron, porque sabían que cuando Venus estaba enojada era capaz de cometer cualquier barbaridad.

—¡Yo castigaré a esa infeliz mortal! —gritaba—. ¡La castigaré por atreverse a ser más linda que yo! Y para que el castigo fuera terrible, llamó a su hijo Cupido, pidiéndole que la ayudase.

Sí, porque Cupido, que tenía dos enormes y muy bonitas alas para volar, tenía también flechas mágicas, flechas invisibles, que iban derechas al corazón.



Flechas que no mataban, pero que producían otro efecto. . . El que recibía una de ellas en el corazón, se enamoraba del primer ser que encontraba o veía. . .

Y lo que quería Venus era que Psique se enamorara de un monstruo horrendo, después de ser herida por una de las flechas de Cupido.

A Cupido le gustó mucho la idea de su madre.

Porque era travieso, le gustaba jugar con sus flechas y no le importaban los sentimientos de los demás.

Cupido, pues, se dirigió volando hacia el palacio de Psique, cuando ya era de noche. Todos dormían. También la princesa dormía en su dormitorio.

Y allí, a la luz de la Luna, pudo contemplar a la joven que todos decían que era más bella que su madre Venus.

¡Y tenían razón!

Cupido se quedó inmóvil, mirando aquellos labios como pétalos de rosa, aquella piel que parecía de seda y aquellos cabellos que parecían de oro puro.

¡Tan linda era Psique, que Cupido, al inclinarse para darle un beso, se hirió él mismo con su flecha mágica, y . . . ¡

Cuando la flecha penetró en su corazón, se dio cuenta Cupido de que estaba enamorado de Psique, y que ya no podría hacerle ningún mal.



Por lo tanto, y como no podía ya cumplir con el encargo de su madre, voló a esconderse en la montaña, en algún rincón, entre los árboles, donde Venus no pudiera encontrarlo.

Pasaron los días y Venus observó que la gente seguía adorando a Psique, en vez de adorarla a ella.

Se dio cuenta de que Cupido no le había obedecido, y resolvió entonces vengarse por sí misma. Llamó a los padres de la bella princesa y les ordenó que abandonaran a su hija en las montañas, porque estaba destinada a casarse con un monstruo. Todos lloraron al enterarse de la desgracia.

Pero obedecieron, temerosos de ser cruelmente castigados por la diosa vengativa



Dejaron a Psique sola en la montaña y se alejaron entonando tristes cantos de despedida.

Psique se quedó sola con el viento, con los árboles y con las rocas frías. Ellos fueron su única compañía durante un largo rato. Hasta que, al fin, cansada de no hacer nada, comenzó a caminar por un escarpado y angosto caminito.



Ni se imaginaba siquiera que el monstruo no existía, que todo era una trampa de Venus para que Psique se muriera de hambre y de frío, abandonada en la montaña.

Pero tampoco se imaginaba que Cupido, enamorado de ella, andaba por allí cerca y la iba a proteger y cuidar.



Caminando, caminando, Psique llegó ante un palacio increíblemente hermoso.

Las puertas se abrieron por sí solas ante ella y una voz suave, de alguien invisible, la saludó:

—Bienvenida, Psique. Este Palacio, y todo lo que contiene, es tuyo. Entra y haz lo que te plazca.

Psique no se hizo rogar. Entró y recorrió el palacio de punta a punta.

Tenía tantas bellezas acumuladas en sus habitaciones, que la princesa no dejaba de asombrarse y de admirar.

Salió al jardín, que era grande, color púrpura y verde. . .

Un árbol, muy gentil, le ofreció una fruta que ella aceptó encantada.

Se sentó a comerla, tranquila, sobre el jugoso césped.

Pero no estaba tan tranquila como parecía. Su corazón le decía que en cualquier momento se le aparecería el monstruo que la iba a desposar, según lo que le dijera la diosa.

Pero, de pronto, una voz suave, infinitamente hechicera y agradable, la tranquilizó del todo:

—No tengo miedo, Psique. No te haré mal. Te quiero mucho y sólo te voy a pedir una cosa: que no trates de verme nunca

—¿Quién eres? —le preguntó la joven, ansiosa de conocer a quien tan amorosamente le hablaba.



—¿Y por qué no quieres que te vea?

—Porque podrías odiarme, como si fuera un monstruo, o amarme como si fuera un dios. Y yo sólo quiero que me ames como a mí mismo y por mí, como a tu esposo, que soy. Prométeme, pues, que nunca tratarás de verme.

—Te lo prometo —dijo Psique, que en aquel momento se sentía mejor que nunca, con un gran gozo en el corazón: enamorada y muy feliz.

Así comenzó para Psique una nueva vida en la montaña, lejos de los suyos y de su querida tierra. De día se sentía triste y sola. De noche, muy feliz, en compañía de su invisible compañero. Éste se dio cuenta de que Psique extrañaba algunas cosas de antes. Y decidió darle una sorpresa.

Llamó al Céfito, la brisa suave y alegre, y le pidió:

—Mañana, muy temprano, trae a las hermanas de Psique a las montañas, para que esté un rato al lado de ellas, como antes, cuando vivía en su reino.

El Céfito cumplió fielmente con lo pedido.

Psique, al despertarse a la mañana siguiente, se encontró con sus hermanas que la esperaban para pasear y jugar por el jardín.

La sorpresa y la alegría fueron muy grandes. Se abrazaron y se besaron con mucho cariño.

Y empezaron las tres, por lo pronto, a recorrer el palacio.



Cuando las dos hermanas mayores vieron el lujo y el bienestar que rodeaban a Psique, sintieron un poco de envidia.

—¿Quién te dio todo esto? —preguntaron.

—Mi esposo.



—¿Y cómo es tu esposo? —volvieron a preguntar.

—No lo sé. Me rogó que nunca tratara de verlo y sólo viene de noche, cuando está muy oscuro.

—¡Te dijo eso porque es un monstruo! —exclamaron las hermanas.

—¡No es cierto! ¿Por qué va a ser un monstruo? . . .

—¡Es un monstruo, seguro! Y si no nos crees, ¿por qué no lo miras de noche? —le sugirieron con rabia y celos.

Pero el Céfito, como vio que estaban discutiendo, tomó a las visitas y se las llevó más que volando, dejando de nuevo sola a Psique.



La princesita se había quedado triste y pensativa. ¿Y si sus hermanas tenían razón? ¿Y si hubiera casado realmente con algún monstruo? ¿Pero cómo un monstruo podía tener una voz tan hermosa?

Aquella noche no pudo resistir la curiosidad. Cuando vio que su esposo dormía, encendió una vela para mirarlo, para convencerse de que no era un monstruo. Y... ¡qué sorpresa, que maravillosa sorpresa!...

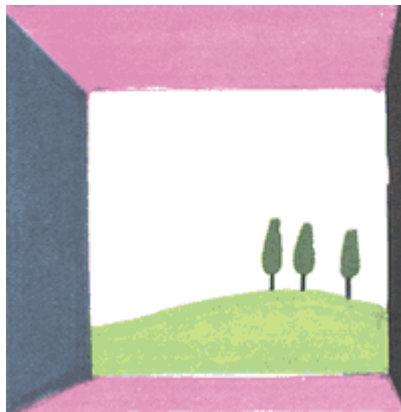
No era ningún monstruo. Era un joven hermosísimo de piel dorada y grandes alas blancas. Era el mismo Cupido, que, habiéndose enamorado de ella, había desobedecido a su madre, casándose con la misma a quien tenía que castigar por el delito, por el pecado terrible, de ser tan bonita, tan linda. . . .



Tan emocionada estaba Psique, contemplando a Cupido, que le temblaban las manos y una gota de cera hirviente cayó sobre el pecho de Cupido, y éste se despertó sobresaltado.

Al ver lo que había ocurrido, a Cupido se le llenaron los ojos de lágrimas.

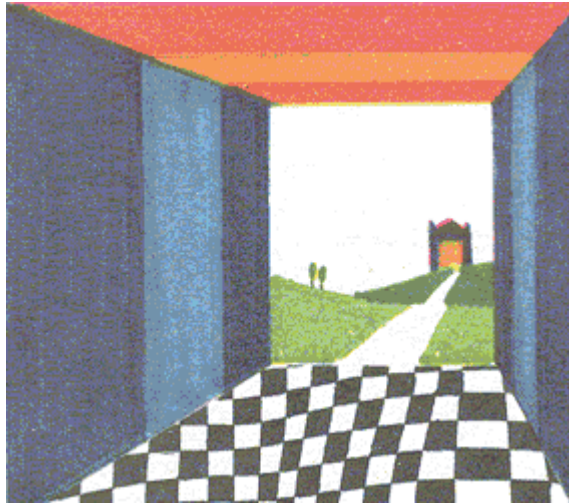
—¡Ah, Psique! ¿Por qué me desobedeciste? Fuiste curiosa. . . Desconfiaste de mí. . . Y el amor no puede vivir en la desconfianza. . . Tengo que irme ahora, y ya nunca me volverás a ver más. Dicho lo cual, Cupido desapareció, volando por la ventana.



Psique se dio cuenta de que lo había perdido para siempre. Desesperada, se dejó caer por la ladera de la montaña. Céfiro, que paseaba por allí, la tomó en sus brazos y le dijo:

—Sé lo que te ocurre, Psique. Estás enamorada de Cupido, el hijo de Venus. Y Ella te odia porque eres lindísima y buena. Pero. . . ¿por qué no hablas con ella personalmente, de mujer a mujer?. . . ¡A lo mejor!. . . ¿Quién te dice?. . .

Psique comprendió que Céfiro tenía razón. Se dirigió, pues, sin perder un minuto, hacia el templo de Venus, en las afueras de su ciudad natal.



Se enfrentaron las dos y la vengativa diosa le dijo:

—¡Al fin te tengo! ¡Tendrás que hacer lo que yo te ordene!

—Lo haré —dijo humildemente Psique.

Entonces Venus la llevó hasta un granero donde el trigo y la cebada estaban mezclados y le ordenó:

—Antes de caer la noche, deberás separar esos granos en montones diferentes: a un lado el trigo y al otro la cebada.

Una vez sola, Psique se puso a llorar. Era imposible hacer aquello en tan poco tiempo.

Pero Cupido había hablado con la Reina de las Hormigas y le había pedido que ayudasen a Psique. ¡Millones de hormiguitas hicieron en dos horas todo el trabajo!



Cuando la diosa Venus vio que su orden había sido cumplida, se enojó muchísimo.

—¡Alguien te ayudó! —dijo—. Pero harás otro trabajo: Irás hasta el Reino de los Muertos y le pedirás a la Reina de allí que te dé un poco de belleza en una cajita.



Psique nuevamente se desesperó. ¡Si entraba en el Reino de los Muertos perdería la vida! Y no podría ya salir de él!

Esta vez el Céfito acudió en su ayuda y le ofreció llevarla hasta la triste morada sin que nadie se diera cuenta.

Así lo hicieron y Psique pudo pedirle a la Reina, que se llamaba Proserpina, la cajita de belleza.

Proserpina se la dio sin poner muchos reparos, y al salir Psique de allí sintió que había triunfado.

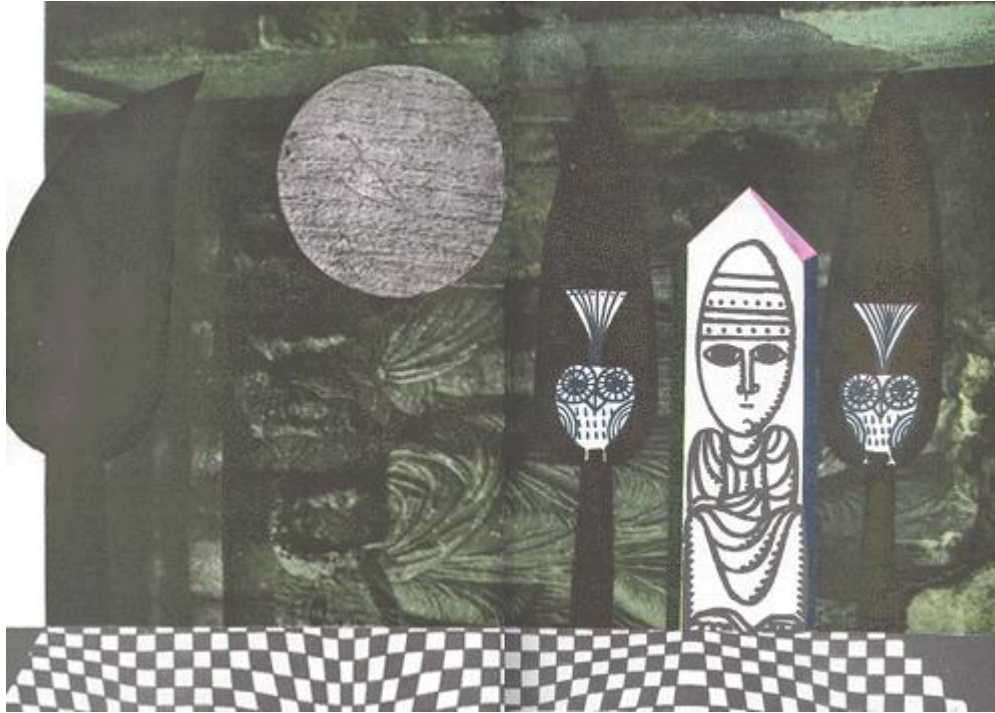


¿Por qué no sacar un poco de belleza de aquella caja? —se preguntó—. Si Cupido me ve embellecida con los poderes de este obsequio mágico, seguro que volverá a mí.

¡Pobre Psique! ¡No sabía que la caja no contenía belleza, sino un sueño, un terribilísimo sueño, que daba unas ganas y una necesidad de bostezar. . ., y dormir. . ., irresistibles. . .

Al abrir Psique la caja, el sueño penetró en su corazón y cayó dormida para siempre.





Cupido, que invisible había seguido todos sus pasos, no pudo soportar más las maldades de su madre la diosa Venus, y se dijo:

—¡Esto no puede seguir así! Despertaré a Psique y le daré a beber un licor mágico, que la haga inmortal, como todos los dioses. De esa manera Venus no podrá nada contra ella y la dejará tranquila.



Al despertar, Psique bebió aquel licor, vio a su lado a Cupido, se abrazó fuertemente a él, y en un beso interminable volaron,

volaron, hasta el Olimpo de los Dioses, para ser allí por siempre felices.

Con un "por siempre" que nadie podría ya romper. Ni Venus, que no podía hacer nada ya, porque Psique era ahora inmortal, ni nadie tampoco, porque la unión de los que se aman es muy fuerte y poderosa, y hasta Júpiter mismo, el Rey de los dioses y los hombres, la defiende.

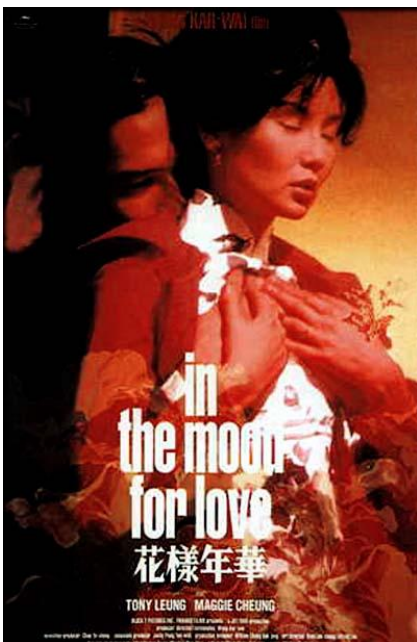


## LIBROS.

- ORTEGA Y GASSET, J., *Estudios sobre el amor*. Espasa-Calpe. Madrid, 1966.
- ALBERONI, F., *Enamoramiento y amor*, Gedisa, México, 1984.
- Fromm, E., *El arte de amar*, Paidós, Buenos Aires, 1977.
- GRAY, J., *Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus. Guía para mejorar la relación con su pareja*. Grijalbo. México, 1994.
- GURMÉNDEZ, C., *Estudios sobre el amor*, Anthropos, Barcelona, 1994.

## PELÍCULAS.

El cartero y Pablo Neruda. 1995. Michael Radford.  
El poeta Pablo Neruda ayudará a un humilde  
cartero a conquistar a su amor.



Deseando amar, 2000, Wong Kar-wai. Una  
impresionante historia de amor, donde los gestos y los  
movimientos tienen más importancia que las palabras.